

Alcalá de Guadaíra
LA LEY DE BRENO

Comedia en tres actos y en prosa,
original de

Antonio Guerra Ojeda
y

Manuel Contreras Carrión

Personajes.

Doña Regla, de 40 años		
Pepita	" 19	"
Rafael	" 22	"
D. Francisco	" 50	"
Doaquin	" 48	"
Evaristo	" 38	"
Señor Pepe	" 58	"
D. Dimas	" 56	"
D. Judas	" 60	"
La Pechuna	" 42	"
Criada	" 25	"
Seis moros de cuerda.		

La acción se desarrolla en un pueblo de la provincia de Sevilla. Época actual.

Acto I.

La escena representa un comedor alto con dos puertas: la primera, en el foro, conduce al piso bajo de la casa; y la segunda, a la derecha, pone en comunicación la estancia que se describe con otras habitaciones interiores. A la izquierda, en primer término, balcón que da a la calle. Una mesa grande en el centro; otra más pequeña, en forma de consola, a la derecha de la puerta del foro. Un aparador, a la izquierda de dicha puerta. Un palanganero, con lavamanos y jarro. Un reloj de pared. Hogar, con chimenea antigua, encendido, a la izquierda y en segundo término. El mobiliario, antiguo. Las indicaciones son del lado del actor.

Escena I

Doña Regla y D. Francisco. Aquella está sentada junto al balcón, haciendo media. Él entra precipitadamente, y sacándose tres cartas del bolsillo, las arroja sobre la mesa.

D. Franci: ¡Jesús! Esto es una nube de langosta que viene a caer

sobre nosotros! ¡¡ La invasión de los bárbaros del Norte!! ¡¡¡ Las diez plagas de Egipto!!!

D^a Regla Mira, Paco: sigue mis consejos y abandona los negocios. Tú no estás ya para sufrir los continuos disgustos que estos te proporcionan.

D. Franc^o ¡ Pero qué negocios ni qué niño muerto! Ahora no se trata de eso, sino de un triple abuso de familia.

D^a Regla ¿ De un triple abuso de familia? No comprendo....

D. Franc^o (Tomando de la mesa las cartas y arrojándoselas sobre la falda.) Pues lee y comprenderás. ¡ Esas no son tres cartas; son tres bombas ~~de aviación~~ ^{de aviación} que acabau de ~~caer~~ ^{caer} sobre nuestra casa!

D^a Regla (Levantándose con las cartas en la mano, lee en voz alta una de ellas.) " Barcelona, 9 de Enero de 1922. - Sr. D. Francisco Molino y Sierra. - Mi muy querido hermano: Estoy cesante desde el día primero del pasado Noviembre, en cuya fecha dejó de funcionar la fábrica, donde, como sabes, he venido desempeñando durante once años el cargo

de administrador. Mientras pude disponer de algu³
nos recursos, no dejé de indagar dónde encontraría
una colocación que estuviese en armonía con mis
condiciones; y ten la seguridad de que si se me hu-
biese presentado, por modesta que fuera, la acepto sin
discutir el sueldo, pues como no tengo a nadie que
mantener y la vida está tan difícil, me hubiera
conformado con lo sucinto para atender a mis cortas
necesidades. Por desgracia, todas mis gestiones han re-
sultado infructuosas. Si continuo en esta capital, ten-
dré que empeñar la ropa, y sería una lástima que
por una casaca ~~antigua~~ que me daban en cualquier
~~casa de préstamos~~, me deshiciera de prendas tan bue-
nas como las que poseo, y que tanto trabajo me ha cos-
tado adquirir. No me queda más dinero que el estric-
tamente necesario para el viaje, y hoy mismo lo em-
prendo para tu casa, a donde iré directamente. Si
eres muy rico y puedes proporcionarme alojamiento
mientras dure mi cesantía, en la seguridad de que

4

» cuando me coloque de nuevo te abonaré todo el gas-
» to que te haya ocasionado. Además, tengo ya ansias
» de verte, que once años no son un mes ni dos. Afectuo-
» sos recuerdos para Regla y Pepita. Tu hermano que
» te quiere de corazón, Joaquín.»

D. Franc: ¿Qué dices tú a eso?

D.^a Regla. Espera, que aún hay que leer más. (Dobla la carta a
que acaba de dar lectura, la coloca sobre la mesa y abre la segun-
da.) "Madrid, 10 de Enero de 1922. = Francisco de mi alma:
» Cinco días hace que me levanté de la cama después
» de haber pasado tres meses de enfermedad con una pul-
» monía que me ha tenido a las puertas de la muerte.
» A no ser por mi cuñado Antonio (a quien Dios bendiga),
» no quiero pensar en lo que hubiera sido de mí. ¡Con
» odio hijos, que, exceptuando a la niña moquita, se pueden
» tapar todos con un harnero! Como Antonio no tiene más
» hermana que mi mujer, ~~se compadeció de nosotros y~~
» viene pasándonos, desde que caí enfermo, cinco pesetas
» diarias. Gracias a su buen corazón no he tenido que ir
» al Hospital, ni mis hijos que pedir limosna. El médico
» dice que para ^{recobrar por completo} ~~evitar una recaída y asegurar mi salud,~~

» debo pasar dos o tres meses en Andalucía. Tú sabes
» que, a pesar de lo rico que eres, jamás te incomodé si-
» diéndote nada; pero hoy necesito que me des hospi-
» talidad en tu casa por el tiempo que el médico ha pres-
» crito. Como mi cuñado no me retira la pensión hasta
» que yo esté lo suficientemente fuerte para volver a
» la oficina, y Carmen y la niña se ayudan cosiendo pa-
» ra un taller, me voy contigo tranquilo y confiado, de-
» jando aquí a la familia. Memorias muy encarecidas
para Regla y Pepita. Te abraza tu hermano, Evaristo."

D. Franc.^o Vamos a ver, habla: ¿qué dices tú de todo eso?

D.^a Regla. Espera, hombre; espera que termine. Cuando conozca el contenido de esta última, te expondré francamente mi opinión. (Deja la carta leída sobre la mesa, y abre la tercera, que lee seguidamente.) "Santandé, 8 Enero 1932. = Evaristo Páez:
» describo pa esirte que e tenio una bronca con er sinvergüen-
» sa e oul Macario. Satrevio a pegarme con er catalicore en
» la cabeza; pero yo le yamé candela con una cuarterola me-
» dio yeva e vino y lo tiré patajarriba, igualito que si ^{le} hubian
» dab la puntiyá. Er gachó empesó a moverse y a jase visaje
» como si tuvía er ma e San Vito, y estuvo si parma si no

» parma. Como soy solo y con dos perras gordas darpieste estoy⁶
» arreglao, no laguantu aucas a uaide. Ma despedi de la gente
» daqui fasta er vaye e la sená Josefa, y manaua meto suauo
» a corré pa ese pueblo, como si mubian salio dos siclistas, lo-
» cos en ca pata. No quico servi ma a ningun liyo de la gran-
» disima.... de su mare; ya que uno tie que gana la lu-
» pa er burgue que lo explota, la ganare pa ti, que ar fin
» ere mi ermauo. En ayegando yo, que ayegue a tu casa,
» mercas una boega y me poue a mi deucargao, y va a sa-
» ca ma jinero que er meiuisto e Asienda. Ureuoia a Re-
» gla y a mi Pepiya. Fabrasa tu ermauo que lo e; Pepe."

D. Franc^o Conque; te has euterado ya de los propósitos que abrigan
mis hermanitos? Para esto se acuerda de uno la familia:
para importunarlo, para liacerle perder la tranquilidad,
para acarrearle una ruina.

D^a Regla Pero, hombre, estas cosas son naturales.; de quien lia
de valerse el hermauo necesitado en los casos de apuro?
¡Pues del hermauo que tieue fortuna, antes que de uadie!

D. Franc^o (Sorpseudido); De manera que esto lo encuentras tu natu-
ral?... Es verdad; despues de todo, tienes razon: hasta

los rayos que caen del cielo y nos ^{carbonizan} ~~reventan~~, son naturales, porque al fin y a la postre son cosas de la naturaleza.

Escena II

Dichos y Pepita, que entra por la puerta de la derecha.

Pepita ¿Qué sucede?; Por qué hablaban ustedes tan alto? Parecía como si estuviesen riñendo.

D. Regla Pues te has equivocado. No ocurre absolutamente nada. Es decir, lo único que ocurre es que los hermanos de tu tío han escrito.

Pepita Tal vez sea ilusión; pero desde mi cuarto se me figuró oír hace poco que mi tío hablaba de langosta, de bárbaros, de rayos... de no sé cuántas cosas más.

D. Frauc. Justamente: de todo eso hablaba, hija mía; porque todo eso y algunas otras calamidades no menores van a caer muy pronto sobre nosotros bajo la forma de hermanos caninosísimos. (Arrebata las cartas de las manos de su esposa y las entrega a Pepita.) Toma; lee, lee.

8

D^a Regla (Muy contrariada, aparte a D. Francisco, mientras Pepita lee las cartas.)
No me parece prudente lo que acabas de hacer, Paco. Con tu conducta egoísta no lograrás otro resultado que ahogar en el sencillo corazón de esa inocente criatura todo sentimiento noble y generoso. ¿Qué te propones al darle a conocer las cartas de tus hermanos?

D. Franc^o ¿Qué me propongo?... Pues está muy claro; enseñarla a que nos sacuda las moscas, para que vaya adquiriendo experiencia en ese ejercicio y sepa sacudirse también ella en el día de mañana.

D^a Regla ¡Conque... a sacudirse las moscas! Lo que tú vas a enseñarle con esos procedimientos es a sacudir de su alma cuanto hay en ella de bondad, de compasión hacia la humanidad desgraciada, haciéndole odiosos los vínculos de la sangre, que tanto tiran.

D. Franc^o ¡Vaya si tira la sangre! Pero es a ahogar.

D^a Regla ¡Ay, Paco! Tú has de ver siempre las cosas por un mismo lado.

D. Franc^o ¿Y por qué lado quieres que las vea? ¿Por el de la conveniencia ajena? No; prefiero que Dios me conser-

9

ve sentido tan importante para verlo todo desde el punto de mira de la conveniencia propia.

D^a-Regla Si no acabara de oír de tus labios semejante afirmación, me costaría gran trabajo creer que, con tu profundo conocimiento de la vida, la habías hecho, porque ella denota que a veces tu cerebro flaquea. ¡Mira que llamar "conveniencia propia" a sembrar en el corazón impresionable de una niña inocente y pura el odio brutal hacia la familia!

D. Fouc. Lo que yo me propongo no es sembrar odios ni... calabazas, sino hacer ver a esa niña, para que en tales asuntos deje la inocencia a un lado, que los parientes son como las hormigas; que siempre se mueven en la dirección del sitio donde hay grano o algo que llevarse.

D^a-Regla Pues considera que, a veces, las armas que aguramos para utilizarlas contra el prójimo se vuelven contra nosotros mismos. Si logras hacerla interesada, o, como tú dices, a que lo vea todo a través del prisma de la propia conveniencia, es casi seguro que nosotros seremos sus primeras víctimas.

10

D. Franc^o ¿Eso es lo que te inquieta? Pues vive tranquila, porque tu marido es un piloto muy experto en sortear toda clase de escollos. Digo... si es que, por tu afán de contrariarme, no me niegas también lo que tan demostrado tengo.

D^a. Regla Tú confundes lastimosamente lo que yo pretendo separar: que es la cuestión de negocio y la de sentimiento. Bien sabes que respecto de lo primero jamás se me ha ocurrido mezclarme en tus operaciones; pero en lo que toca a lo segundo, como madre adoptiva que soy de Pepita, concédeme al menos el derecho de educarla como ^{yo} fui educada. ~~me~~. Por tanto, te ruego que delante de ella no alardecas de tus extravagantes ideas.

D. Franc^o ¡Qué he de confundir yo la cuestión de sentimiento con la de negocio! Precisamente de lo que trato es de separarlas, porque el sentimiento es un agente de tan mal agüero que como se mezcla en los negocios es para ~~reventar~~ estropearlos.

D^a. Regla ¡Calla, que ya se acerca!

Pepita (Después de haber leído para sí las cartas, las devuelve a D. Francisco, quien las guarda en uno de sus bolsillos.) Pues, queriendo tío: yo en el caso de usted, me alegraría, dándole muchísimas gracias

11

a Dios, de lo que me anuncian estas cartas; primero, por el gusto de verlos en mi casa después de tan larga ausencia; y segundo, por la suerte de haber heredado una gran fortuna, que puede proporcionarle la satisfacción de impedir que seres tan allegados a usted, como los que hoy espera, sufran el despotismo de un año, la escasez que es consecuencia obligada de toda cesantía, o la muerte, por la imposibilidad de abandonar durante algunos meses el clima riguroso de Madrid.

D. Franc: Vosotras sois tontas, u os hacéis las tontas, o queréis hacerme tonto. ¿Qué filosofía es esa con que tratáis de convencerme? ^{¿Qué filosofía, muy propia p.º desputar, y susceptible de los injuriosos que no tienen duda, caeran muertos, podrían recular, proclito, entre lo que está en condiciones de aprovechar sus ven-} ~~Alas doctrinas, del tiempo de la~~ ~~ta Horca, muy bonitas para predicarlas, y que las por-~~ ~~tajes, y acaso llegar a ser proféticas, por quienes resaca espíritu, suficientes, p.º el negocio, en un manifiesto,~~ ~~ga en practica el que este loco, pero no yo, que estoy~~ en mi cabal juicio y sé que ese es el camino más corto para llegar a la indigencia. Si mis hermanos hubieran sido ^{alguna vez partidarios del ahorro.} ~~guarrosos~~, no se verían en estos apuros. Lo mismo el casado que los solteros están trabajando desde que tuvieron uso de razón; y ni el casado por tener

mucha familia, ni los solteros por no tener ninguna, han reunido un céntimo.

Pepita ^{abecunda p.º que la sigan los ciegos y por locos} Eio, nuestra filosofía será muy ~~antigua y muy sabia~~ ^{antigua}; pero la de usté... no es la que manda Dios.

D.ª Regla Si, Paco; esa no es la que Dios manda.

D. Franc.º ¿Entonces, qué manda Dios? ¿Que todo lo que se haya adquirido a costa de trabajo o de ingenio, se reparta entre los holgazanes que no quieren trabajar y entre los que nada poseen porque tiran cuanto ganan?

Pepita No, señor; tampoco decimos eso. Además, que aquí no se trata de gentes de esa condición. Sus hermanos de usté son trabajadores y honrados; pero con un sueldo reducido o con un jornal, nadie puede labrar una fortuna. El pobre que ahorra cinco duros, o cincuenta, en una temporada, se ~~se obliga a gastarlos tan pronto como~~ ^{se obliga a gastarlos tan pronto como} cae enfermo o se queda sin trabajo; y eso es lo que a ellos les ^{a todos ellos} habrá ocurrido muchas veces.

D.ª Regla Y luego; qué dirá el cuñado de Evaristo, que lo socorre con prodigalidad, viendo que tú no haces nunca nada

por él ni por tus demás hermanos!
Pepita Y él está menos obligado, porque no es más que her-
mano de padre de la mujer.

D. Franc.^o ¡Vaya si estás ~~te~~ bien enterada del parentesco!

1^a Regla Esa no es contestación. ¿De qué sirve que nos mortifi-
ques con semejantes salidas de tono? ¡Con que recogí-
mos a esta niña tres meses antes de morir mi herma-
na, cuando era tan pequeña que hasta tuvimos que
ponerle nodriza, y no va a conocer a esta fecha el pa-
rentesco de tu familia, siendo tú su segundo padre!

Pepita Como sé también que a usted lo envió su padre, de
niño, a Galicia, con un tío sacerdote, quien, además
de costearle la carrera de leyes, le dejó su cuantiosa
fortuna.

D^a Regla Razón por la cual tú eres rico y ellos, pobres. No por
eso desonoro que tú has aumentado la herencia; pe-
ro si como ellos no eran herederos forzosos lo hubiesen
sido, tal vez se encontrarían hoy a tu altura.

D. Franc.^o Pues si son pobres, que se fastidien, como se fastidia

todo el que lo es. El mundo siempre ha sido así: siempre ha habido pobres y ricos; sino que desde que se empezó a hablar de Libertad, y después, de República, y más tarde, de Socialismo, ~~y luego de Anarquismo~~, ^{y luego de Marxismo}, y finalmente, de... demonios encendidos, los pobres nunca están conformes con su suerte, y todo se les vuelve envidiar al que tiene y desearle daño — y aun hacérselo siempre que pueden; — ¡porque a cuántos propietarios no ~~traen ya reventados~~ ^{de otros tiempos!} las malditas huelgas. (Muy amostorado.) Pero acabemos: ¿es que os ponéis de parte de mis hermanos y contra mí? Este es el pago que recibo después de haber vivido hecho un esclavo de los negocios para reunir un buen capital; porque yo no he de llevármelo al otro mundo.

3ª Regla No, Paco; te quejas sin motivo. Nosotras no estamos contra ti, porque te queremos; yo, como esposa, y Pepita, mi sobrina, como hija adoptiva. Tú eres el que estás en contra de ti mismo, de nosotras y de la humanidad. Quieres una cosa que es imposible: disimular

15

el maldito pecado de la avaricia. Ya no te queda cosa alguna que decirnos; nos has puesto de locas y hasta de ingratas.... (Éxaltada); Locas, ingratas! ¡oco tú, ingrato tú, que recibiste más de un millón de pesetas de tu difunto tío, trescientas mil de mi legítima, y a más veinticinco mil de la herencia de mi sobrina; y no obstante haber duplicado todo ese capital, nos tienes aquí poco menos que secuestradas, casi sin salir a la calle, ni haber ido jamás a mi teatro, ni llevarnos a veranear, aunque nos sobra posición para hacer todo esto. Y — lo que es peor: — que no comes, ni nos dejas comer; que no vistes, ni nos dejas vestir; que no sosiegas nunca.... ni nos dejas sosegar. Estamos siempre con el alma en un hilo a causa de esos negocios que haces, pues no sé cómo has salido vivo de algunos de las escenas que aquí se han desarrollado. ¿Crees tú que el pobrecito a quien, mediante una escritura de retroventa, le quitan cuanto tiene por la tercera o la cuarta parte de su valor, no es capaz de todo? Ese hombre debe de sentirse dispuesto a cometer los crímenes más horrendos, impulsado por la desesperación, que es muy mala, muy mala consejera!... (Sale por el foro llorando con gran angustia,

seguida de Pepita, que llora silenciosamente.)

Escena III

D. Francisco, y a poco, la Criada, que entra por el foro.

Franc^o Pues, señor, estoy divertido con la familia que me ha tocado en suerte. Y por si algo me faltaba, también mi mujer y mi sobriñita ~~me~~ ven con buenos ojos la interrupción fraternal de que me hallo seriamente amenaado, y me dan un mitin con sus correspondientes lágrimas y recriminaciones, poniéndome cual digan dueñas. Es para desesperarse y hacer una degollina familiar. Si no fuera porque esas atrocidades suelen costar caras, y yo soy hombre que está por la economía en todo... sería cosa de practicarlo. ¡Ay, qué felices deben de ser los incluseros!

riada (Entrando.) Señorito...

Franc^o ¿Qué quieres?

riada Ahí están eso do señore tan flaco, vestío je negro, que vienen a busca' asté argunas rese.

Franc^o (Con severidad.) Muchachia: es necesario que pierdas la mala costumbre de hacer mofa de las personas que visitan esta casa. Esos señores, Don Dimas y Don Judas, son dignos de que se les trate con la mayor consideración

y el más profundo respeto. Cuida de no incurrir más en esa falta.

riada Señorito, perdóneme usted; pero es que no lo puedo remediar. Cuando los veo tan seco que paesen dos caña de las que sirven pa enseñar lo sirio en la jiglesia, si no igo algo revuelto.

Franc. Buen. Pues en lo sucesivo aprende a ser morigera- da, o lo remediaré yo poniéndote un borral.

riada ¡Osu, señorito...! ¡Cómo estasté hoy!

Franc. Anda, y di a esos caballeros que pasen.

Escena IV

Don Francisco, Don Judas y Don Dimas.

Judas. (Estrechándole la mano al saludarle.); Señor don Francisco!

Dimas (Le estrecha también la mano con muestras de gran afecto.); Querido don Francisco!

Franc. Tomad asiento, señores; tomad asiento. (Ambos lo hacen, quedando en pie D. Francisco.)

Judas. ¿Qué es esto?; Nosotros nos sentamos y usted continúa de pie!; ¿Eiene usted que hacer algo? Si acaso, volveremos luego.

Franc^o. (Sentándose.) No, amigos míos, no os vayais; que aunque siempre habeis venido bien a mi casa, nunca necesité tanto de ustedes como ahora.

D. Dimas ¿Qué pasa? ¿Ha hecho usted algún negocio a espaldas nuestras y le ha salido mal?

D. Judas. A ver, a ver; todo cabe en lo posible: porque los hombres precavidos, como nosotros, que nos llevamos toda la vida de centinela, en cuanto nos descuidamos una sola vez, se nos entra el enemigo.

D. Franc^o. No, no ha habido descuido; es un ataque de frente: ¡un trágala!

D. Dimas } ¡¡ Un trágala !! (Levantándose ambos como impulsados por un resorte, y volviendo a sentarse inmediatamente en sus respectivas sillas.)
D. Judas }

D. Franc^o. Si; un trágala que quiere darme la familia en pleno.

D. Dimas. Cuando don Francisco: los hombres que manejanos dinero no estamos libres ni de la familia.

D. Judas. Amigo don Dimas, dominémonos por un momento y tengamos la paciencia de escuchar a nuestro respetable y querido consocio por si podemos aliviarle en una tan apurada situación.

D. Franc^o. (Se frotta dos o tres veces la frente con ambas manos antes de empezar a hablar.) Señores: hoy, día celebre, en los fastos de mi

20
19
vida, he recibido tres cartas de mis tres hermanos — Joa-
quín, Evaristo y Pepe, — en las que me comunican
que se vienen desde luego a vivir a mis expensas.
(Toma las tres cartas, que estarán sobre la mesa, y se las entrega. Lee
para sí don Dimas dos de ellas, y una, don Judas, haciendo ambos visa-
jes y ademanes de extrañeza.)

D. Dimas ¡Caramba! ¡Dichosas cartas! Si llega usted a tener diez her-
manos más, es probable que a todos se les hubiera ocurrido
asilarse en su casa de usted en el mismo día.

D. Franc.^o Al ser pobres todos ellos, de seguro; en cambio, mi hermano
Rafael, a quien escribí hace seis meses diciéndole que se vi-
niera conmigo, ni siquiera me ha contestado.

D. Judas ¡Ya, ya!... Ahora me lo explico todo perfectamente.
Rafael, en su correspondencia con ellos, los habrá puesto al
tanto de la invitación que usted le hizo; y los otros no han
esperado a que usted los llame, sino que se presentan.

D. Franc.^o No; a mi hermano Rafael lo mandé hace ocho años
a la Asunción del Paraguay, y heinos estado sin saber
de él hasta hará cosa de siete meses que me escribió,
participándome que estaba rico y soltero. Al menos, yo
no sé que haya tenido correspondencia con los otros.

D. Judas. Pues la carga, como quien dice, la tiene usted ya encima.

25
Esa gente viene hoy toda en el tren del medio día. A Se-
villa habrán llegado esta mañana en el orizonte.

D. Franc.^o Es verdad, don Judas; y yo no había caído en ello con
la revolución que han armado en mi cabeza las endiabla-
das cartas.

D. Dimas ¿Y qué piensa usted hacer?

D. Franc.^o Precisamente eso es lo que yo pretendo: que me acou-
sejen ustedes.

D. Dimas Pues, a mi juicio, aquí no cabe más solución que armar
un cuerdo, fingiendo disgusto, para que se marchen enise-
guida. También nosotros podemos complicarnos en él para
darle más fuerza.

D. Judas No, señor; no se debe partir tan de ligero, empleando la vio-
lencia y el escándalo. Desucisto lo dijo: "Sed sencillos
como la paloma y prudentes como la serpiente." (Elevando
se a los labios el dedo índice de la mano derecha, alargando el cuello y ba-
jando la cabeza, como para imitar la sagacidad del dicho reptil.) Es-
ta máxima en su sentido recto se refiere a los negocios. Es
decir, sencillos como la paloma, no en dejarse engañar; eh?,
sino en lo de emprender negocios sencillos, claros, transpa-
rentes, para que no lo eureden a uno. Y prudentes como la ser-

21
piente, no hablando de ellos antes ni después de realiza-
dos. Primero, para evitar que se enteren los demás, y si
son demasiado lucrativos, se los quiten a uno de delan-
te; y segundo, para que nadie los envidie, porque de la
envidia pasan los hombres a otras cosas peores. (Haciendo
con la mano signos de rapina.) Ahora, en sentido figurado
se acomoda perfectamente al caso en que usted se encuen-
tra; porque esta máxima abarca mucho; como de quien
es! Que todo debe hacerse sin escandalizar.

D. Franc.^o Entonces, si llegan, ¿qué opinan ustedes que yo haga?

D. Judas Recibirlos bien.... al parecer; y, en vez de proporcionar-
les comodidades para que estén a gusto, adopta usted el sis-
tema opuesto. Verbigracia: comidas malas y escasas, y dos
veces más, la de la mañana y la de la tarde, con exclusión
de la cena y del desayuno. Poco abrigo en las camas, si bien
puede usted conceder que estas sean lo más duras posible.
¡Ah! se me olvidaba: y las comidas, después de detestables,
que sean sumamente indigestas. Menudo, con mucho pi-
cante; sardinas en conserva o en escabeche; potaje de chí-
charos, para que se les ponga la barriga aventada; huevos
duros en aliño como para que les dé un cólico solameu.

22

te de mirarlos... y, sobre todo, que unas veces estén muy salados, y otras, sin pizca de sal, con lo cual el menu no ha de parecerles excelente. Nada de vino ni café; a fin de que todas estas cosas les obliguen a levantarse pronto el campo. (En este momento se oye ruido en el interior y una voz de hombre que disente con la criada.)

D. Frunció: ¡Ea! ya descargó la nube. Esos que llegaron son mis temidos hermanos, quienes se preparan a saquearme tras de venir a turbar la paz de mi casa.

D. Judas. Nada, querido don Francisco, siga usted al pie de la letra el programa que le he expuesto, y antes de una semana se verá usted libre de esos insostenibles pegotes.

Escena V.

Dichos. Señor Pepe, Evaristo y Joaquín.

(El señor Pepe es grueso y está completamente afeitado; trae alforjas llenas, y muy grandes, al hombro; un canasto de mimbre, también muy grande, con tapadera, en la mano izquierda, y un

28
queso bastón en la derecha. D. Joaquín trae maleta grande de viaje en la mano. D. Evaristo, también con maleta; es el más joven de todos, tiene toda la barba y aspecto de convaleciente. Todos, al llegar, abrazan a D. Francisco; D. Joaquín y D. Evaristo, primeramente; mientras, el señor Pepe suelta el canasto y las alforjas, y, ya desembarazado de estos objetos, lo hace con exageración y gansamente, levantándolo varias veces del suelo. Ha bebido y viene algo alegre.

D. Joaq. ¡Gracias a Dios que nos ha proporcionado este día, después de once años que hace que no nos vemos!

D. Evar. Desde la muerte de nuestro padre, que nos reunió ^{todos} en Sevilla; luego nos separamos y no hemos vuelto a vernos.

Señor Pepe. Po ahora vamos a está' jinto fasta que nos muéramos tos. (Saca del canasto una botella de vino y un vaso.) Aquí están jasiendo farta cinco vasos uia, uno pa ca uno; porque yo, manque soy mu bruto — mejorando lo presente, — argunos presisipio tengo, y sé que en un mesmo vaso no

está bien que beban seis presona. (Dirigiéndose a D. Francisco.) Pero oye, tu!...; y las mujere desta casa? illi curá Regla, que aonde eya se pone, ni er monumento que allevantan en la Catreá por Senaana Santa, y la rruá, que e una penta en armiba, po aonde andau?... Capabilate, hijo, y yáinalas, o voy yo por eya, aunque sea a Lima, a pie cojito.

D. Franc. Como tengo visita y acabais de llegar, no me atrevi a retirarme!

Señor Pepe ¡Quita aya, hombre! Entre familia no hay que andarse con eso dibujo; ahora, po estos cabayeros está bien, pero pieles er dispense y te raja por eyas. (Don Francisco sale por la puerta de la derecha, después de hacer a D. Judas y D. Judas una indicación como para que le perdonen el tener que ausentarse. Señor Pepe ceba un vaso de vino y saca del cesto una fiambra con carne, que pone sobre la mesa; después pincha con su navaja, que es bastante grande, y de muelles, un trozo de carne, y formando con la otra mano el vaso, se dirige a D. Judas.) Oigasté, dou....; bueno! comusté se yance.
D. Judas Judas Baca y Cordero, para servir a usted.

25

Señor Pepe ; Vaca y Cordero!... (Aparte) ; Po si eso paese el
lebrero de una carnisería! (En voz alta) Estimando, on
Jua. Y ahora teugasté la amabiliá d' armiti este enjua
gatorio pa er gasnate, que es capá de jase' bailá tres copla
je siguiirya a una dolorosa.

D. Judas (Comandolo) Muchas gracias.

Señor Pepe De naá. (Después de haber bebido D. Judas, se toma 'el dos vasos seguidos,
y siempre que convide, hará lo mismo.) ; Valiente licó! En cuantito
que entra en el estógamo, paese que tira uno lo saño ja
pelón, según lo arriscoo y lo garatero que se pone. (Diri-
giéndose a D. Dimas) En seguida que enjuague er vaso, voy
a arrimarle asté otro golpe como a su compañero. (En-
juaga el vaso con agua, que le echa del jarro, sobre la palangana;
se lava después las manos en ella, tira el agua por el balcón a la ca-
lle, y vuelve a colocarla sobre el palanganero. Inmediatamen-
te hace la misma operación que para convidar a don Judas,
y se dirige a don Dimas). Este, pa usté, que también
le está haciendo bastante falta. Porque... ; caua-
rá! hay que fijarse: son ustés los dos más der-
gaos que las varigas d' un paragua. ; Ustés serán visita e la

26

casa y amigos e mi hermano? Digo... yo asina
me lo figuro.

D. Dimas (Aceptando el obsequio) Efectivamente; somos amigos antiguos.
Pepe Po entonse no hay más que habla'. Yo me encargo e mi
hermano ivaristo, que er probe se transparenta como si
fuá e carne e bayena, y de ustés dos, que en lo e ser
flacos le jasan ustés la competencia a una caña e pes-
cote, y voy a ponerlos mi jincharo que una sambom-
ba a fuerza e carne y e tragos d'este vino, que me
jón no lo tiene pa. esi misa ni er Pae Salto.

Joaquín (Aparte a Evaristo) Vaya un recibimiento que vos lea he-
cho nuestro hermano!... Más frío que la nieve. ¡Qué
desgracia ser pobre y tener que verse en esta situación
crítica en que ahora vos encontramos. El bueno de
Pepe, como es todo corazón, se figura que Francisco pier-
da del mismo modo que él.

Escena VI

Dichos. D. Francisco, que entra precedido por D^a Regla y Pepita.

En este mismo instante se oyen dentro desaforados gritos que da
la tía Pechuma, la cual entra de repente, seguida por la Criada,
quien pretende en vano sujetarla. 28

La Pechuma (Rechazando a la Criada) ¡Ea, o te quitas d'enumedio, o te
viá yevá arrastrando po el mono hasta l'asotea. (Diri-
giéndose a los que están en escena.) Vámo ja vé; ¿aonde está
ese seño que no quise que le yamen ou Fransisquiño?
Po' sí; ou Fransisquiño y muy ou Fransisquiño!; Qué les
paese a ustés como m'an puesto de je er barco e la casa
e ou Fransisquiño o ou... miseria!; Pingueaudito! Es-
toy ahora mesmo como si m'ubia caio en una arberca.
¡Valiente indeseute, valiente poco prójimo, con er frío que
jase!; No, estasté conforme, so verdugo, con liabermos amu-
nao, queándose con mi jasa, que vale dies mi rales, por dos
mi, que nos emprestó a gauausia jase do saño, que toavía
quise matearme d'una pulmonía?

D. Franc: (Este viene detrás de su esposa y de Pepita y se queda un poco de-
tenido bajo el dintel de la puerta; mas al oír aquel chaparrón
de improperios, lleno de cólera, quiere arrojarse sobre la Pechuma, no
lográndolo, porque sus hermanos Joaquín y Evansto la sujetan.) Ea

indecente es usted, so escandalosa, ual educada; que tenia ganas de cortarse las uñas conmigo, y ahora se presenta con el achiague de que la leian mojado. ¿Acaso he echado yo a usted agua alguna?

La Pech. ¿Caugue esto es un achiague? ¿Po no m'a caio der barcon e su casa e usted este diluuiio erusima? Der barcon e su casa e usted m'a caio; porque d' esta casa no puee sali ninguna cosa güena! ¿Qué va a sali e la casa e on Fransisquiuo! (Esto lo dice gritando desafortadamente.)

Da Regla Mire usted; haga el favor de irse y no nos insulte más, que si a mi marido le apodau deu Fransisquiuo....

La Pech. (Interrumpiéndola) Eso e lo que era mesté: que lo poaran; pero e los dos brass, y e m'a jarriba tamieu. (Indicando con la mano abierta a modo de cuclillo el corte de los brazos y de la cabeza.)

Da Regla Señora, no sea usted animal; lo que he querido decir es que si a mi marido le han puesto el mote o ual nombre ese que usted tantas veces ha repetido, a usted la llaman la tia Pechuna; porque en los pueblos, como se carece

de educacion, se entretiene la gente en esas cosas.

La Pech. Si yo me yamo la Pechuna, lo tengo a reguete munebi
sima hora, porque se lo yamo mi pae, y mi agüelo y
mi bisagüelo, y toítita mi casta, que han sido d'aquí d'Anda-
lusia; pero al espantapájaro e su marío e usté se lo
han puesto porque es gayego, gayego... y e los más ma-
los que han veniu a esta tierra.

D. Dimas ; Pero, señor, este es el colmo de la osadia y de la desver-
güenza: insultar a las personas en su misma casa!

D. Judas. Vivir en estos pueblos es casi lo mismo que habitar en
una de las cabilas del Rif.

La Pech. ; Ay! miste los que van a sacá la cara po en Francis-
quino!... On Jia y on Dimas: do jururero como él, más
malos que er cólera mucerino... ; que premita Dió que se
los yebe! ; Aonde van ustés, si toito er mundo los conoce
y sabe que aonde ustés s'apegan no se van sin su ta-
já...? ; So sinvergüenza, que son ustés dos sacabocaos!

Señor Pepe. (Que no se había movido de su asiento, levantándose.) ; Pero, se-
ñora, usté no piensa acabá en too er dia? ; Quié usté
dirse ya y ejarre e tanta retrónica?

D. Dimas. ¡Vaya usted enhoramala, so puerca!

La Pech. ¿Cauque puerca?... ¡Eso es desirme a mí cochina en güenas palabras! ¡¡ Cochino, usted!! (Fuera de sí, se abalanza a don Dimas, y, dándole un fuerte empellón, lo derriba de espaldas con la silla en que está sentado. Mientras que todos se aproximan a prestarle auxilio, la Pechuma se marcha corriendo por la puerta del foro. Don Dimas gasta peluca, la cual se le cae al suelo; él la recoge muy amostazado, se la pone al revés y empieza a sacudirse el polvo. Señor Pepe sale detrás de la tía Pechuma para echarle mano.)

Telón.

Fin del acto primero.

Acto II.

Escena I.

Da Regla, Pepita, D. Francisco, D. Dimas, D. Judas, Evaristo, Joaquín y
Señor Pepe. Este entra después de haber perseguido a la tía Pechu-
na sin lograr darle alcance.

Señor Pepe Por fin se cargó la jechuria. Y aluego no corría más
po la caye abajo... ¡Me río yo d' un artomovi dispa-
rao! No; po lo que e si yego a echarle los datile en
sima a esa tia, eya podía y amarse Pechuna, pero de
fijo que la espechu... go, yo. (Dirigiéndose a D. Dimas.)
¿Eo ha lastimao a usted, señor? Eso e lo que yo digo:
a estas persona tan endeble cuarquía cosa las tira
ar suelo. Ahora mesmo sa visto claro; ha sido una
mujer, y con un mojicon que la dao l' aellas a roa.

D. Dimas. Poco a poco; no tanta endebler. A usted, y al mis-
mo Sansón si lo hubiera cogido descuidado, lo tum-
ba, no digo esa mujer, que es un sargento de carabi-
neros, sino un vino e teta.

Señor Pepe También puede ser. Pero usted no me negará que

las chositas se erriban más pronto que las torres.

D. Dimas. (Que vuelve a sentarse, imitándole los demás.) Pues lo que es este atropello no queda así. (Dirigiéndose a D. Francisco) Si usted no da parte, que le corresponde hacerlo como dueño, por este allanamiento de morada, lo doy yo. No faltaba otra cosa sino que el populacho se impusiera de este modo a las personas decentes! Eso estaría bueno; que a los propietarios, a los auos del pueblo, viviera una tia... Pecluna, o cualquier otro pelagatos así, a hacerles morder el polvo!...; ¡Vaya!!; ¡Vaya!! Einiendo nosotros de nuestra parte, como hombres de orden que somos, al alcalde, al juez y a todas las demás autoridades....; ¿Qué dice usted a esto, señor don Francisco?

D. Franc.^o ¿Qué quiere usted que yo diga? Que el único refresco que me faltaba es el que acabo de tomar.

D. Dimas. Me liago cargo de cuanto a usted le pasa; pero esto no debe quedar así.; Figúrese que de la caída me rompo una pierna, o el espinazo. ¿Qué dice usted a esto, señor don Judas?

33

D. Judas. Pues lo que yo digo es que esto ha ocurrido de una manera imprevista, y que a todos nos ha alcanzado el charumbón. Pero a palabras necias, oídos sordos; cada uno se porta como quien es.

J. Dimas. A palabras necias pase que se hagan oídos sordos; pero a caídas como la que me ha hecho dar ese rincoceronte con falda, no es posible hacer oídos de esa clase, porque las caídas no se oyen, sino se sufren; y, por cierto, que ya voy sintiendo alguna molestia en el costado izquierdo.

Señor Pepe. Po tóo eso se va a quitá ya con otro golpe de jarabe e marva-bisco que traigo aquí en la bota, y con una chuletita e borrego que está... como pa que se yevaran dándole a uno chuletitas toa la tarde. (Repuestos ya de la impresión que les había producido la ocurrencia, se acercan él y sus dos hermanos para salir a D^a Regla y a Pepita.) ¡Cuñaa e mi arma! que yo t'avía visto y no t'avía visto; porque con la esaburición c'agüí ha pasado, no había uno e chiao cuenta de lo preusipa, que era er salvante. (La abraza.) ¡Cómo está, miñe'? (Se dirige enseguida a Pepita.) ¡¿Tú, hija mía? que la noche que te traje e tu casa, cuando parmo la probesita e tu mare, me pusiste los carroue que otavía no l'au podió salí las mancha, y eso que ya va pa disisiete año. (La abraza también.) Lo mesmo está la casa que cuando yo me fi'. (Mirando al techo.) ¡No e verda', Regla?

D^a Regla. Estos edificios antiguos, a más de ser tan espaciosos, los constru-

34
yerou con tal solidez, que nunca hay que liacerles obra. Esta casa es la solariega de mi familia; y, como yo no tuve hermanos varones, me tocó en parte.

Señor Pepe (Que continua contemplando la estancia.) É' verda', liija: esto jorifisios antiguo lo jasián a miya martijo y no hay quien los vea erribao. (Se acerca a la mesa, y formando una tajada de carne con la uovaja y un vaso de vino, los ofrece a D^a Regla.) ¡Ea! aquí no ha pasado ná. No hay que celiá cuenta de una cosa con tanto malage. Otra vé c' aquí venga arguieu a arma' garata, yo me encargó e resibirlo.

D^a Regla. ¡Hijo, si este disgusto me ha quitado la gana de todo!...

Señor Pepe ¡Anda, tonta! ¡No acabo e isirte que no fazas caso d' eso? A lo pasado se le dice adió. Foma.

D^a Regla Pepe: ¿me haré daño?

Señor Pepe ¡Quita, aya, mijs'! ¡Jasé' daño la carne, y, sobre too, er vino? Lo que jase' daño son los pimentos asaos, los potaje e chuchiaro, la jespinaica, los güevos duro, las sardina j' en lata y otras porquie'ria po el estilo. Mía tú; el único cólico que yo ha teuió en este mundo, que no farto' ni er canto e un perro gordo pa que las liara, fue por carpa e unas sardinita en lata.

D. Judas (Aparte a D. Francisco.) ¡No se lo decia yo a usted' antes? ¡Duro, duro con esas comidas! Sus hermanos de usted' no resisten el primer cólico.

25
D. Franc.^o (Aparte a D. Judas.) Lúieu no va pudiendo resistir más a mis hermanos soy yo.

D.^a Regla. ¡Ea, ya que te empeñas, no te liaré desaire. (Bebe y come.)

Señor Pepe Bebétele a la salud e tu marido y de toos nosotros. (Se dirige a Pepita.) ¡No oye tú, rosita e pitimini? Anda ve por seis vasos más, uno pa ca uno.

D. Franc.^o (Hace señas a Pepita para que no vaya. Después dirige la palabra a D. Dimas.) Don Dimas: ¿sigue doliéndole a usted el sitio de la caída?

Señor Pepe (A D. Dimas) Aya voy yo a quitarle asté la dolencia. (Echa un vaso de vino, pincha otra tajada de carne y le ofrece ambas cosas.) Esto e jaseuca arcande.

D. Dimas No; no tengo ganas.

Señor Pepe Vamo, on Dima, que er comé y er rascá.... En cuantito le entre asté en las tripas este baidmo, se vasté a queá como nuevo. (Insistiendo.)

Don Dimas ¡Hombre, no le dicho ya que no tengo ganas?...? sobre todo, que no he venido aquí a comer. Cuando necesito liacerlo, voy a mi casa.

Señor Pepe Po enenante un 'armitio' uté la finesa.

D. Dimas Antes estaba tranquilo, y ahora estoy disgustado.

Señor Pepe Pa er que no quiere, too sobra. Ahora me lo bebo yo. (Se empina el vaso.) Casi na' es er viniyo este! (A D. Dimas), Bueno!

que coste que es porque usted no lo ha querido; pero yo no le
podía remediar que le traigan das até un revorón.

D. Dimas (Bastante alterado.) Pues precisamente usted es el causante
de lo que a mí me pasa; porque si no se mete usted ~~en~~ en
jugar vasos y a tirar agua por el balcón a la calle, no ~~podría~~
ocurre nada. ¿Lo quiere usted más claro?

Señor Pepe Usted lo que tiene es un genio más áspero que un membrillo
yo verde y guardaste mucho rencor. Si a mí me hubia pedido
un hombre, e tan güena manera como yo lo he hecho con usted,
que me bebiera, no un vaso e vino... ¡un barril! me lo bebo,
manque hubia tenido las tripa juevea en los tobijos. Pero us-
te... a pesa de ser señorito, no sabe extinguir.

D. Dimas. El que no sabe distinguir es usted, que ha venido a una
casa ajena a armar este zafamauchio.

Señor Pepe ¡Qué estaste isiendo! Es que está en casa ajena, y far-
tando, e juste; que yo estoy en la casa e mi hermano, que
e mi mesma casa. En fin, s'acabó la conversacion; pero
si yo hubia sabio que ese era el agravesimiento c'usted
iba a tener, en lugar de haberle espantao a la tia Peclusa,
se la echo un jensima.

D. Dimas. Eso es muy propio de usted. En fin, yo me marchó. ¿Us-
te se queda, don fidas? (Se levantan este y D. Dimas.)

D. Judas.
Señor Pepe.

Señores: que ustedes lo pasen bien.
¿También se vasté, don Jua? Pos lo que con usted no ha
sío náa. (Se acerca a Pepita y le echa el brazo por la espalda.)

Pepita, hija: tráete esos vaso, que tengo er gasnate má se-
co que si fuá d'esparto.

D. Franc.

(Levantándose muy contrariado.) ¡Quietos, señores! Ustedes no
se van, porque yo los ha incomodado en nada el dueño de la
casa. (Dirigiéndose después a Pepita.) Y tú, estate quieta, que
aquí no se traen vasos; si mis hermanos quieren beber
vino, que se vayan a la taberna.

Señor Pepe.

(Lleno de sentimiento, mezclado de gran indignación.) ¡Suagüin,
Évanisto!...; ¿qué e jesto que mos susée en ca e un her-
mano que fase onse año que no mos vía?; Esto e je-
clarino a la caye!; A ve, a recogé los bártulo y a ma-
já!; Éntos nosotros, que habemos venío a la casa e es-
te miserable, e este usurero, e este verdugo e su fa-
milia y e los extraño!; ¡¡ Ruín, raquíto, probetón,
ou Frausiquino, o ou... Masura: toma, toma!!
(Lo abofetea.)

D. Regla

¡Pepe!; Pepe!; ¡por Dios, déjalo ya! (D. Regla y Pepita)

sujetan a Señor Pepe. D. Francisco sale escapado y se entra por la derecha.)

Señor Pepe. Si; ahí te lo dejo, hija, con dou Dinna y on Lúa, pa que fagas un banco.... con esos tres pie'. (Coge las alforjas y el canasto y se marcha de prisa por la puerta del foro, seguido de sus hermanos.) Vamo, vamo apriesa, que stavía arcausamo er coche que mos trujo, que estará en la posada.

Escena II

D^a Regla, Pepita, D. Judas, D. Dimas y D. Francisco.

D. Franc^o. (Que, receloso, asoma la cabeza antes de salir.) Dou Judas, tenga usted la bondad de asomarse al balcón a ver si mis... dichosos hermanos se lian ido ya de una vez, o están detenidos ahí en la puerta.

D. Judas. (Asomándose al balcón.) No: salga usted tranquilo; apenas se divisan. Van ya al final de la calle.

D. Franc^o. ¡¡Valientes hermanitos, qué día me lian dado; qué día!! Ahí teneis lo que son. ¿Qué decís ahora, mujer, y tú, niña? ¿Qué vergüenza tener que sufrir hasta que me liayan pegado! ¿Y todo, por qué? Porque se

quieren comer lo que uno tiene; pero esos, si yo muero antes que ellos, no han de heredar ni un centimo mio.

D. Dimas. Y no paraba yo ahí; a esos los llevaba yo al juzgado y los detenía, echándoles encima la guardia civil. Por lo nuevo, a Pepe; aunque los otros también se merecen algo, pues cuando recibía usted los golpes, permanecieron inmutables como si hubiesen sido dos estatuas.

Pepita De eso no hay que hablar, porque aquí no nos hemos movido más que mi tía y yo; de modo que si ellos se quedaron inmutables como dos estatuas, ustedes se quedaron más quietos que dos muertos.

D. Judas. No podíamos hacer otra cosa. ¿Usted no lo comprende, don Francisco?

D. Dimas ¡Pues no lo ha de comprender una persona tan razonable como don Francisco! ¿Qué hubiéramos evitado nosotros con oponernos? ¿Que un hombre tan atolondrado como el tal Pepe, nos hubiera roto un hueso?... Pues si para su tío de usted empleó los puños, porque al fin es su hermano, con nosotros no se hubiera parado en pelillos, sino que lo efectúa con ese

40

Bastón tau descomunial que gasta, que muy bien puede servir para viga de entresuelo.

D. Judas Nada, nada; que se marchen en par: todo, menos el escándalo. Y esto debemos tenerlo callado, porque nos haría perder en el pueblo mucha fuerza moral. La justicia los castigaria, y todo cuanto quisiéramos; pero tanta los que pasan por amigos nuestros se reirian y harian mil comentarios ridiculos de estos percauces de hoy. Ahora conviene que nos tranquilicemos todos, y a la noche volveremos don Diinas y yo, ya que nos ha sido imposible hablar de negocios. (Váuse por el foro.)

Escena III

D^a Regla, Pepita, D. Francisco.

D. Franc^o Y ahora; qué apologia vais a hacer de mis hermanos? Me parece que este lance os habrá abierto de par en par los ojos. ¿Eever atrevimiento el bárbaro de Pepe para ponerme las manos encima! Y Evaristo y Joaquin se quedaron tau quietos como si no hubiera sucedido

nada. Aunque mis amiguitos me han dado tam^{bién} un buen desengano. ¡Vaya un argumento el de don Dimas! Que se exponían a que el bruto de mi hermano les hubiese pegado con esa tranca descomunal que lleva siempre colgada.... Pues a más gente, hubiéramos cabido a nuevos golpes; y si les rompía algún hueso por defenderme, más me deben, que los he puesto ricos, dándoles constantemente participación en mis negocios. Ahora han venido — me lo figuro, — porque se habrán enterado de que el cortijo que tengo en trato es una ganga, y querrán que también les dé parte en la compra. ¡Otra cosa es lo que voy a darles! Conmigo acabaron para ciento y un años. La fábula lo dice:

« Aparta tu amistad de la persona que, si te ve en el riesgo, te abandona. »

Escena IV

Dichos. La Criada, que entra por el foro.

Criada. Señorito: ahí ha yegao un cabayero con más baules

que siete viajeros; dice que se llama don Rafael, ⁴² que es hermano de usted, y viene ya pa arriba. (Se marcha por el fondo.)

Escena V.

D^a Regla, Pepita, D. Francisco, Rafael.

D. Franc^o ¡Dios mío! ¡Mi hermano Rafael aquí? (Entra este); ¡Rafael, hijo!! (Dando una gran voz. Se va hacia él con los brazos abiertos; Rafael le tiende a la vez los suyos, y se abrazan. En seguida saluda a su cuñada, dándole también un fuerte abrazo, y a Pepita, estrechándole la mano.)

Rafael ¡Gracias a Dios que os veo después de tan larga ausencia! Mi corazón estaba siempre ambicionando tanta dicha.

D. Franc^o ¡Qué agradable sorpresa! Pero, Rafael, estás desconociendo. (A D^a Regla); Vaya si se ha puesto guapo el Benjamín de la casa.

Rafael Pues lo que es por Regla y por ti parece que no ha pasado el tiempo. Por Pepa, sí; pero ha sido para añadir nuevos encantos a los que ya poseía. Está soberanamente hermosa. ¡Yo que la dejé todavía una niña!

D^a Regla. Tú eras también casi un chiquillo cuando marchaste allá: tenías catorce años, ahora cuentas veintidós; y Pe-

43

pita, que aún no había cumplido los once, tiene ya diecinueve. ¡Cómo pasa el tiempo!

Rafael Permittedme un momento: voy a bajar para disponer que los hombres que tengo ajustados metan los baules y el restante equipaje. Subo en seguida.

D. Franc: No te incomodes, que vendrás cansado del viaje. Regla y yo bajaremos para decirles dónde tienen que colocarlo.

Rafael Ponedlo donde os plazca, menos el baul con chapa de hierro, que quiero que lo lleven a la habitación que yo haya de ocupar. Es un mueble que, por su contenido, no puede dejarse en cualquier sitio. Que lo carguen los seis peones, porque es mucho lo que pesa. (Se saca la cartera.) Toma este billete, cámbialo y paga a ellos y al cartero.

D. Franc: ¿Para qué quieres cambiar este billete de mil pesetas? Déjalo; yo les pagaré.

Rafael Si, si; necesito cambiar. (Deja caer en el suelo intencionadamente seis o siete billetes de la misma cantidad; se agacha para recogerlos, y D. Francisco, que le ayuda, le entrega cuatro de los caídos. Este sale por el foro con el billete que le dió Rafael, seguido de D^a Regla.)

Pepita, Rafael.

Rafael (Tomando una mano a Pepita) Tengo un corazón que no me engaña nunca. Estas muy pálida; pero te encuentro tan bella, como te veía en mi imaginación...; porque yo he pensado mucho en ti! Como ha pasado tanto tiempo, ya no te importaría nada mi vejez.

Pepita (Con cortedad); Para qué me dices eso?

Rafael; Para qué te lo digo?... Es que necesito saber si tú experimentabas los mismos deseos que yo.

Pepita Siempre que tú recuerdes ciertas palabras... que pronunciabas con frecuencia, me comprometo a satisfacer tu curiosidad.

Rafael; Bendita seas mil veces! (Besándole una mano); No he de acordarme de ellas cuando ocupas todo mi pensamiento?

Pepita No, no; con arrebatos no me convencerás de que las recuerdas: tienes que repetir aquellas mismas palabras.

Rafael A ver si eran estas: «Eú lias nacido para mí, y yo, para tí; como te casen con otro, lo mato.» 45

Pepita (Bajando la cabeza) Esas eran.

Rafael Pero aún me queda que añadir que hoy sigo pensando lo mismo que entonces. Ahora te toca a tí satisfacer mi curiosidad.

Pepita Me he acordado muchísimo de tí; tanto, que no he dejado de tenerte fijo en un pensamiento ni un solo día. A mi tío no he podido mirarlo con buenos ojos desde que te mandó a América. Pero tú, si él no te llama, no vienes.

Rafael Ya que tu alma sigue siendo pura y hermosa como el día en que nos separamos...; aquel funesto día en que tanto lloramos los dos! voy a confesarte la verdad: he venido solamente por tí; por cumplirte la palabra empeñada y librarte del verdugo de mi hermano, así como a tu pobrecita tía, que es una mártir.

Pepita ¡Ay, Rafael! Que no se te escape delante de nadie

ninguna palabra en contra de mi tío; porque eres tú ⁴⁶
el hermano a quien únicamente quiere, y él, por lo
más mínimo, aborrece con una tenacidad en la que
de seguro no hay quien le iguale. ; Si tú supieras
lo que ha pasado aquí hoy!

Rafael

Lo sé perfectamente; porque mis hermanos y yo mar-
chamos de acuerdo y hace poco que nos separamos.
Todos somos pobres, y ellos más que yo, que siquiero
poseo unas veinte mil pesetas. Esto que se ha hecho
es una tentativa, ideada por mí, a ver si este herma-
no, que tiene por corazón una piedra berroqueña, se
compadecía. ; Pero todo ha sido inútil! Yo lo he aluci-
nado, fingiéndome rico, con el propósito de lograr que
acaja bien nuestras relaciones, y, además de tu legiti-
ma, te dote y nos casemos. Entonces seríamos felices
y podríamos proteger a mis desdichados hermanos;
que ellos no me abandonaron mientras que los necesi-
té, durante mi estancia en América. ; A fe que
ese Pepe!... No tiene más que el pronto, pero es capaz
de dar hasta las alas del corazón.

Pepita Mi tío, aunque tuvo la crueldad de mandarte a América, no dejaría también de socorrerte mientras supo de ti.

Rafael Jamás recibí de él un centavo. Y dejé de escribirle, porque — después de echarme de su casa como a un perro, enviándome a La Asunción del Paraguay con unos comerciantes en barcas que eran tan malos como él, pues no me daban de comer y me trataban a latigazos, — una vez que caí enfermo y le escribieron haciéndole saber que me moría si no regresaba a España, contestó... que me llevaran al Hospital. Y allí me llevaron.

Pepita (Llorando) Y delante de nosotras se quejaba de ti, diciendo que no le escribías y que sólo por los comerciantes tenía noticias tuyas. Hace seis años nos enseñó una carta escrita por el principal de aquellos, en la que le comunicaba que te habías marchado de la casa, y ya no supimos más de ti. ¡Infame!

Rafael ¡Y tan infame! Qué bien cumplió el encargo que le hizo nuestro padre al morir: que no me abandona.

48.
nara nunca, siquiera en caridad de Dios, porque me quedaba huérfano con once años! Y a los tres me echó de su casa por no hacer por mí lo que por él había hecho nuestro tío; mantenerme y darme una carrera. (Se enjuga dos o tres veces las lágrimas con disimulo.)

¿Y de qué se te originó aquella enfermedad?

De tristera. No hacía más que pensar en ti y llorar por mi padre; perdí el apetito, y cuando dijo la debilidad: aquí estoy, me acometieron unas fiebres que me tuvieron postrado siete meses en el Hospital. (Transición.)

¡Pero a qué recordar tristeras y amarguras! Vamos a hablar de cosas más gratas, pues no quiero afligirte. Hoy debe ser para nosotros día de gozo y no de llanto.

A mi tía la tenemos de nuestra parte; te respondo de ello. Aunque, ¡la pobre! tocante a dinero... perdoue usted por Dios. ¡Ah! te encargo que no la echés de rumbo delante de mi tío, sino de tacano hasta la exageración. Yo lo pondré todo en conocimiento de mi tía, porque ella es un ana cerrada.

(Vase por el foro.)

Pepita
Rafael

Pepita

D. Francisco, Rafael.

D. Franc.^o (A Pepita, que sale cuando él entra.) Anda, que tu tía está esperándote para que le ayudes a colocar el equipaje.
(A Rafael) Ahora que estamos solos, te contaré lo que me ha sucedido hoy con nuestros hermanos.

Rafael (Que hace que se sorprende al saber que sus hermanos se hallan en el pueblo.) ¡Ah!; pero ellos están aquí? Si llego a saber que había de encontrármelos no niego; Buenos perdidosos son; siempre pidiéndome! Yo jamás les envío nada ni contesto a sus cartas. Y negándome de un modo tan absoluto a sus peticiones no me dejan en paz, ¡conque si me fuera tras la comiente con ellos! Que lo gansen, como a mí me ha costado el trabajo de ganarlo.

D. Franc.^o Eso digo yo; eso digo yo. Me ha gustado sobremedura tu actitud para con ellos; la mía es igual. Tocante a lo de encontrármelos, pierde cuidado, que han salido de aquí echando chissas. Digo; si no se les ocurre volver para darme la segunda mano, porque hoy me ha pegado el señor Pepe...; ese pedazo de atún! Bien lo

conocía nuestro padre, que esté en gloria, cuando
le puso Revienta cinchas. 50

Rafael ¿Te parece que hagamos una cosa? No volver a ocu-
parnos más de ellos ni para bueno ni para malo.

D. Franc^o Aprobado. (Se oye ruido.) Ya eres que suben con la carga
los moros de cuerda; voy a asomarme, no vayau a echar
media escalera abajo. (Se aproxima a la puerta del foro.)

Escena VIII.

D. Francisco, Rafael. Entran por el foro seis mozos llevando el
baul, precedidos de D^a Regla y Pepita, y lo meten por la puerta de la
derecha. Rafael entra detrás de ellas.

D. Franc^o (Solo en la escena) ¡Cáspita con mi hermano, qué bien
ha aprovechado el tiempo! Se ha traído en ese baul to-
do el oro de ambas Américas... Apostaría a que con-
tiene más de millón y medio de pesos, solamente en
oro. ¡Es mucho baul ese! ¡Y los billetes de mil pese-
tas que larga? ¡¡Caramba con el niño!! Este sale a
mi tío el cura, que el día en que cantó misa necesitó
que mi padre le prestara dieciseis duros para poder
obsequiar a los amigos, porque no tenía más que la

51
lengua en la boca, y testó un millón de pesetas gana-
do a pulso, como quien dice. Por más gracia, que me
lo dejó a mí solito. (Al decir esto, se frota las manos de gus-
to); Bendita sea su alma! Si es que hay otra vida, ya
Dios le habrá premiado aquella buena obra. Voy a me-
ter prisa para que preparen una buena comida a mi
hermano, porque con los desarreglos que trae consi-
go un largo viaje, debe de sentir bastante necesi-
dad. (Vase por la puerta de la derecha)

Felón

Fin del acto segundo.

Escena I

D. Francisco, Rafael, D^a Regla, Pepita y la Criada. Estas entran con la comida, sacan platos del aparador y ponen la mesa. Se sientan a comer y la Criada los asiste.

Rafael Francisco: dice el adagio que "mientras más amigos, más claridad"; y yo creo que con doble motivo debe haberla entre los buenos hermanos.

D. Franc^o Dispensa un momento, Rafael. (A la Criada) Muchacha, vete abajo, que aquí no haces falta ahora.

Criada. ¡Señorito! si abajo fuese mucho frío!

D. Franc^o Pues si hace mucho frío, te vas porque yo te lo mando.

Criada ¡Bendito sea Dios!...; qué noches pasa una a la vera e ese portá! Ya me voy. (Sale muy lijera.)

D^a Regla El frío de abajo no hay quien lo resista sin brasero, y es menester ponerlo mantana mismo. Ciertas cosas no se pueden hacer con los sirvientes, porque son criaturas de carne y hueso como nosotros; y nos ocurrirá con esta lo que con todas las demás: que ninguna para en esta casa.

D. Fran^{co} ; Válgame Dios, mujer, qué compasiva eres! El día ⁵³
menos pensado vas a morir de una lástima. Como
si esa tuviera frío!... Lo que esa tiene es una curiosi-
dad muy grande por enterarse de cuanto aquí se va a
hablar; y como no se ha salido con ella, va que se la
lleva el demonio. En fin, continúa, Rafael, que soy todo
oidos.

Rafael La cita que lices, demostrativa de la gran franqueza
que debe reinar entre los buenos hermanos, es el introi-
to para decirte que en tu casa, recuperando por la comi-
da, voy a pagar el gasto que haga, por insignificante
que sea. Y si puedo comer aparte, mejor; porque...
¿para qué andar con rodeos? tú gastas mucho lujo
en la mesa, y yo soy partidario de la sobriedad; ¿dos
platos y postres, como veo aquí!... Eso es comer a lo
Heliogábalo, y yo estoy por ahorrav y no por reventar.

D. Fran^{co} Hermano, yo voy a darte la callada por respuesta: es-
tas, que son grandes polemistas, que te contesten.

D. Regla ; Hijos!... Así te has puesto tan rico, que traes allí un
baul, que yo no sé cómo te lo admitieron en el barco;

porque cuando entró ese lastre se hundiría el tras⁵⁴
atlántico una vara.

Pepita Pues ningún perro, lamiendo, engorda. Bueno que
se ande con economía... hasta en la ropa; pero en la
comida...; qué torpera! Yo soy del partido de tío Pepe,
a quien tanto agrada que se coma bien.

D. Franc^o Mira: a los animales no hay que compararlos con
las personas; de modo que ya sabes el poco favor que te
haces diciendo que picusas como él. Y luego, cual-
quiera que te diga creerá que eres una glotona... No
le hagas caso, Rafael.; Si come menos que un jilguero!

D^a Regla. Bueno, se le da gusto; que coma aparte: cada loco
con su tema. Y tii (dirigiéndose a D. Francisco) también
puedes echar con él parecería para las comidas; mas
yo te aseguro que nosotras la echaremos igualmen-
te, pero es para comer mejor.

D. Franc^o ¡Dios quiera, Dios quiera que yo no os falte nun-
ca! porque en dos días vais a hacer paz y guerra de
nuestro capital.

Rafael Yo me iría del lado de ellas para no verlas disipar;
porque reventaría de un sofocón.

D. Franc^o Y si fueras esposo de Pepa, que es mi heredera,

55.
¿ibas a ser tan pusilánime que la dejaras amunar-
se?

Rafael Entonces ya se guardaría ella de malgastar, porque yo la ataría corto; y no la cogería de susto, pues al casarse conmigo ya sabe cómo pienso.

D. Franc. Dios quiera tocaros en el corazón para que os enamoreis el uno del otro. ¿Entonces para qué querías yo más felicidad! Moriría tranquilo, en la confianza de que el capital que mi tío ganó y yo he acumulado...; con tantos desvelos! no había de hacerse polvo entre manos inexpertas.

Rafael Por ella... no temo yo, que está bien educada, como tío te educó a ti, y tiene que ser económica; sino por el marido que le toque, que puede ser vicioso y derrocharle esta bonita fortuna.

D. Franc. (Al oír este presagio que su hermano hace como cosa probable, le da un desmayo); ¡Ay, qué mareos! (Se levantan todos y lo rodean.)

D^a Regla ¡Paco: bebe agua! (Se acerca el vaso a la boca)

D. Franc. ¡¡Ay!! (Suspira fuertemente) Ya me va pasando. (En seguida se incorpora.) Si yo estuviese seguro de que mi capital había de tirarlo un calavera...; ¿qué sé yo!...; ¿qué sé

yo lo que sería capaz de hacer! Pepa... tráeme el abanico, que necesito un poco de aire. (Sale Pepita por la derecha)

Escena II

D^a Regla, D. Francisco, Rafael.

D. Franc^o: (Poniéndose de pie y hablando en tono solemne.) Rafael, por la memoria de nuestro padre, que me pidió que no te abandonara nunca, te suplico que pongas gran empeño en atraerte el cariño de Pepita, para que seas un hombre feliz. Ella es un angel y linda como una rosa de Mayo.

Rafael ¡Qué inocente eres! ¿Crees tú que no tendrá ya su novio? Ahora importa mucho que lagues por saber quién es; para que, si no conviene, te opongas con energía.

D^a Regla No hagáis malos juicios: ella no se atreve a dar un paso sin consentimiento de sus tíos.

D. Franc^o: Créeme; vosotros hacéis una gran pareja: además, pienso dejarle gran parte de mi fortuna. ¿A tí no te gusta para esposa?

Rafael A mí...; para qué he de decir lo contrario!... no gusta mucho, y la quiero desde que era niña. ¡Porque las

57.
lagrimas que me costó el separarme de ella!...
D. Franc^o Bueno: la separación no te pese, que muchas veces
para nuestro bien pasan las cosas que tenemos por ma-
las. Ahora, cuando llegue, declárate a ella, que su tía
y yo la haremos cantar claro. (Se dirige a D.^a Regla en to-
no de broma) Vamos, dime la verdad: ¿es que no te gusta
mi hermano? Pues como no te guste, tampoco va a
gustarme a mí Pepita.

D.^a Regla. Ni en broma me agrada que me hagas esa pregun-
ta; yo quiero a tus hermanos, porque te quiero a ti,
aunque no lo mereces, que me das muchos disgustos.

D. Franc^o (Algo incómodo) ¿Y tú no distingues a Rafael de los
demás?

D.^a Regla. Sí, hombre; ¿no he de distinguirlo, si puede decir-
se que se destetó en casa!...; Nada sufrí yo cuando
lo mandaste a América!

D. Franc^o ¡ Dale con América!... para su bien ha sido...; ¿no
es verdad, hijo? ¿Si no va a América, poseña ese
baul?... Ya viene Pepita; preparémonos para el ata-
que. ¡ Y tú, a ver si ahora tienes gala de toda tu cie-

cia de hombre de mundo!

Escena III.

Dichos. Pepita, que entra y se sienta al lado de D. Francisco.

Pepita Vaya; aquí tiene usted el abanico. Trabajillo me costó encontrarlo.

D. Franc: (A Pepita) Buenos; déjalo para otra ocasión. Ahora siéntate junto a Rafael, que "el que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija."

Pepita ¿Acaso usted es mal árbol? (Se levanta y ocupa una silla próxima a Rafael.)

D. Franc: Yo soy ya viejo, me voy secando y poca sombra podré darte; pero él es un árbol joven, torauo y lleuo de hermosura, que puede ampararte con su sombra y recrearte al mismo tiempo con sus verdes y floridos ramos.

D^a Regla ¡ Hombre, no le digas esas cosas, que le da vergüenza!

Rafael Y que si se entera el novio, pueden tener disgustos.

Pepita Yo no tengo novio; voy a meterme en un hospital de enfermera.

D^a Regla ¿Y vas a dejarnos solos a tu tío y a mí en pago de la

berte casado?

Pepita Eso, nunca; yo no ingresaré mientras que ustedes vivan.
D. Franc^o ¿Y cuando nosotros te faltemos, vas a dejar solo a Ra-
fael?

Pepita Rafael, para entonces, ya se habrá casado. ¡Suaves
son las muchachas de este pueblo para dejarlo escapar
cuando lo vean joven y tan rico!

Rafael Yo no me casaré nunca, a menos que tú accedas a
ser mi esposa. Soy capaz de jurártelo ahora mismo
delante de mi hermano, que es la persona a quien
más respeto en el mundo.

D. Franc^o (A Pepita) ¿Y tú, juras o no? ¡Ah! si juraras, sería
verdad tanto como dices que quieres a tus tíos.

Rafael Pero eso es obligarla, y yo no quiero las cosas por
fuerza.

Pepita (Se levanta y da la mano a Rafael; este se la estrecha con efu-
sion, levantándose también.) Toma mi mano, te quiero de
voluntad; yo no sé mentir.

Rafael Juro que mi corazón no será de nadie, sino solamente
te tuyo.

Pepita Y yo te juro que no me casaré con nadie, a no ser

contigo.

D. Franc^o: ¡Habeis completado mi felicidad! Asi deben ser los matrimonios: ricos con ricos y pobres con pobres, porque de la disparidad de posiciones viene el desequilibrio en las casas.

D^a Regla (Llorando) ¡Cuales la bendición de Dios a esas criaturas, y olvida el dinero siquiera en los momentos solemnes. ¡Ayuda, ponte en pie y dile que el Señor los bendiga y colme de felicidad!

D. Franc^o: (Poniéndose de pie y obedeciendo sin replicar.); Que Dios os bendiga y os colme de felicidad! (D^a Regla y Pepita lloran de alegría: Rafael está muy emocionado)

D^a Regla Rafael, a casarte sin perder tiempo; que ya, tratándose de personas tan formales como vosotros, para los ojos de Dios habeis contraído matrimonio en esta noche.

D. Franc^o: Sí, sí; a casarse, sin pompas ni gastos superfluos: los que quieran bodas para hartarse a costa del prójimo, que se roan los codos.

Dichos. Don Dimas y Don Judas.

- Don Dimas Señores, Dios los guarde.
- D. Judas. Buenas noches vos de' Dios a todos.
- D. Franc^o }
D^a Regla } (Con evidente sequedad) Buenas noches.
Pepita }
- D. Judas Don Francisco: con permiso de su familia y de ese caballero, dos palabras aparte, y nos marchamos para dejar a usted en libertad.
- D. Franc^o (Se levanta y se reúne con los dos; ellos le hablan quedo, y él sale contestándoles bastante alto y enojado.) Nada, nada, de ninguna manera; el cortijo lo compro yo solo. Digo mal: dare' participacion en el negocio a mi hermano Rafael, que es el que está presente. Nuestras aparcenías acabaron para no volver a reanudarse.
- D. Dimas Pero eso es una ingratitud. Nosotros leemos dado participacion a usted en todos nuestros negocios, y ahora, repentinamente y sin motivo, disempañ de nuestra conducta y de la misma que antes venia usted siguiendo.
- D. Franc^o Yo jamás he sido ingrato: precisamente lo que habia

62

de cautar el carro lo cautó la carreta; que hoy por poco no me majan, si no es por mi esposa y por mi sobrina, y ustedes, mis cuñados, se metieron en un rincón por no tomar la puerta y marcharse de una vez.

D. Judas Ya esta tarde se le dió una satisfacción cumplida.

D. Franc^o Pues si ustedes la creyeron cumplida, para mí no fué más que una torpe excusa. Yo tenía a ustedes en otro concepto, pero lo de esta tarde me quitó la venda de los ojos.

D. Dimas ¿Qué venda es esa?...; Ni que nosotros fuéramos unos facinerosos!

D. Franc^o La que me ha impedido hasta ahora ver que sólo me buscáis cuando hago un buen negocio, para que os dé parte, y os alejáis de mí cuando están rompiéndose el alma. Por eso no quiero con vosotros más negocios ni más amistad; hemos terminado.

D. Judas Toda vez que usted se empeña en romper con nosotros, esta misma noche, o mañana a más tardar, me entregue usted mis setenta y cinco mil duros.

D. Dimas Ya mí, los niños.

D. Franc^o ¿Qué miles de duros son esos?...; ¿Eau desmemoriados

están ustedes que no se acuerdan de que les entregué⁶³
ese dinero en la liquidación de Diciembre del pasado año?

D. Judas A mí, no; y prueba de ello es que tengo mi resguardo.

D. Dimas Y yo, el mío.

D. Franc^o ¡ Ah, miserables! (Sacándose aceleradamente la cartera, que ins-
pecciona sin encontrar en ella nada.) Ahora caigo en que puse
los quedan sobre la mesa cuando me los entregaron!

D^a Regla (Llorando); Ya presentía yo que estos amigos tenían que
arruinarte!

Pepita (Apoyándose en el hombro de Rafael, quien la sostiene rodeándola
con el brazo la cintura.); Ay, Rafael de mi alma!...; Ay, qué
desgracia tan grande!

Rafael Es imposible que tú no hayas recogido esos quedan;
los que ellos tienen serán falsos.

D. Dimas ¡ Caballero! Usté nos insulta.

D. Judas Salgamos de aquí cuanto antes; el juez dirá si los
documentos que conservamos en nuestro poder son fal-
sos o auténticos. (Se marchan precipitadamente.)

Escena V.

D^a Regla, Pepita, Rafael y D. Francisco. Este, relativamente tranqui-
lo; aquellos, muy agitados.

D. Franc^o ¡ Quietos, sosegaos, que para siete vicios hay siete virtudes.

64
des! Como yo he vivido en lucia constante a causa de los negocios, y tenia tragado que cuando meaos lo pensara habian de tenderme algun lazo, me he curado en salud. Desde hace algunos años tengo guardado un borrador de escritura breve y compendiosa, con los nombres en blanco, por virtud de la cual transmito la propiedad de todos mis bienes a otra persona para pago de grandes deudas, (Echando el brazo por los hombros a Rafael) y ese acuerdo tú vas a serlo. Ven a casa del notario para que la copie; firmamos, y enseguida al Registro.

Doña Regla Todo eso está muy bien, porque se salva nuestra fortuna; pero...; y tú, que quedas envuelto en una causa criminal!

Rafael ¿Es cierto que retienes en tu poder las cantidades que acababan de reclamar esos individuos? Habla en confianza.

D. Franc^o ¿Qué ha de ser cierto! Esos bandidos recogieron lo suyo; sino que con el mareo de la liquidación, en vez de romper los documentos, los puse sobre la mesa y me los sustrajeron cautelosamente.

Rafael ; Ah! entonces no tengas cuidado; que esos zorros, en cu-
yas conciencias está que tú nada les debes, cuando te
vean insolvente, no emplearán su dinero en arrojarte
la justicia.

D. Franc.^o ; Y que yo consentía, no digo en ir a presidio, sino
en que me dieran garrote veinte veces, si otras tan-
tas viviera a este mundo, antes de que esos dos vam-
piros se cluparan el capital que mi tío ganó y que
yo he aumentado con tantos desvelos! Por mí no hay
que temer, pues aunque hace bastantes años que no
ejero, todavía me acuerdo de que soy abogado. (Gira
de Rafael para llevarse a la calle.) Vamos, vamos a poner
las cosas en forma. ; Tú has venido a esta casa para
salvarnos a todos! (Salen por el foro.)

Escena VI.

D^a Regla, Pepita.

D^a Regla Querida sobrina: él lo ha dicho; Rafael es el ángel
que ha venido a nuestra casa para salvarnos a todos.

Pepita Sí; pero es de sus garras. El baul, la comedia que

65.
hemos representado hoy en la comida y los quedan de esos dos diablos, lo han arrancado de cuajo y lo han llevado a la notaría.

D^a Regla Si sospechara que yo también he contribuido al engaño de las cuantiosas riquezas de Rafael; si sospechara que va a poner su capital en manos de quien tiene apenas nada...; qué sé yo lo que sería capaz de hacer! Oye, ¿y qué es lo que trae Rafael en ese baul, que tanto pesa?

Pepita (Saltando la risa.) Según me ha dicho, pedaros de hierro y una barbaridad de adoquines. ¡Cuidado que es sermencia!

D^a Regla Lo malo es que como tu tío no aguanta que nadie le imponga leyes, tome el camino y se vaya por esos mundos de Dios. Entonces sería otra clase de intranquilidad que tampoco me dejaría vivir.

Pepita ¿Y con qué dinero se iría? ¿Pues no me ha dicho usted que le ha sustraído el que guardaba en el escondite?

D^a Regla Sí; y ya es tiempo de que te cuente el paso. A prin-

67
cipios de Eusebio, después de liquidar con don Judas y don Di-
mas, me dijo que había escondido el dinero que tenía y que
sólo había dejado fuera cuarenta mil reales para el gasto de
la casa. Yo, que abrigaba la sospecha de que el ruido estaba
debajo de ese reloj, (Señala al que hay colgado de la pared) cuando
fue a Málaga a hacer aquellos embargos y tú te viste preci-
pada a quedarte en cama dos o tres días, una noche rom-
pi el tabique y di con él: ¡ setenta y ocho mil duros en
billetes de mil pesetas!

Pepita
D^a Regla

¿ Y cómo pudo usted tapar el agujero?

Con una pequeña paleta de albañil que, casualmen-
te, había visto amontonada en el cuarto de los trastos vie-
jos. Como el yeso se seca pronto y lo encalé en seguida, a
la mañana siguiente ya no se conocía.

Pepita

¡ Parece mentira que, teniendo usted en su poder tan-
to dinero, no se le haya despertado el deseo de que nos
compráramos ni unos trajes de moda!

D^a Regla

¡ Hija! ¿ estas en tu juicio? Yo tan sólo me he atre-
vido a quitárselo y a esconderlo, por ver si acababa con
su maldita codicia; pero no a gastarlo. ¡ Tan astuto co-
mo es tu tío! Si ve en nosotras algo extraordinario,

68

de seguro nos echa la culpa el día en que hubiese
andado en el escondite. Ahora que tenemos la salva-
guardia de Rafael, porque va a ser el amo, podremos
comer y vestir a nuestro antojo.

Pepita ¡Ay, me parece un sueño que vamos a salir prou-
to de este horrible cautiverio!

Escena VII.

Dichas. Rafael, que entra con fingida prosopopeya.

Rafael Aquí tenéis al acaudalado señor don Rafael Molino
y Sierra, que acaba de libraros de las garras de su herma-
no don Francisquino, un Crespo que jamás comió sin con-
sintió que comiera nadie de cuantos ha tenido a su
cargo, para luego dejarme.... en vida... ¡el capital que
su tío ganó y él ha aumentado con tantos desvelos!!
(Estas últimas palabras las dice con tono angustiado.)

Doña Regla } ¡Dios te bendiga, Rafael!
Pepita }
Rafael Y vosotras, que sois mejores que yo. (Las abraza a la vez.)
Doña Regla ¿En dónde has dejado a Pasco?
Rafael Lo he mandado con los traficantes en liariva a La

Asunción del Paraguay y te he dejado viuda.
69
D^a Regla ¡Vamos! no seas guason: ¿de dónde se ha quedado?

Rafael Me dijo que ya que estaba en la calle iba a pagar dos o tres visitas.

D^a Regla Rafael, di la verdad: ¿es que guardas rencor a Paco y pretendes vengarte de él?

Rafael ¡Vamos, mujer: y luego dices que me conoces! ¿Qué he de guardar yo rencor a Paco si una misma sangre corre por nuestras venas! Lo único que yo pretendo es borrar de su alma esa desmedida ambición, esa avaricia insaciable, causa de su desgracia y origen del sufrimiento a que condena a los que viven bajo su techo; lo que deseo es hacer de él otro hombre que sienta las desdichas ajenas y que viva como los demás de su clase. Ya verás la transformación de que me propongo hacerle objeto... empezando por la indumentaria, que da grima verlo. Que quiera o no, he de vestirlo lo mismo que a un príncipe. ¡Ah! mis otros hermanos no tardarán en llegar; estaban en la posada y les he avisado para que vengan enseguida.

Dichos, La Criada.

Criada Señorito: alí están los hombres de esta tarde, y quieen subí; dicen que viene en busca e don Rafael. Yo no he querido ejarlos pasar porque don Francisco me encargó que si govián que no le jabiea la causela, sino que me saliea po la puerta farsa y avisara e su parte a lo sevile pa que lo fencliqueraran.

Rafael Eso te lo diría por D. Judas y D. Dimas, quiees también estuvieron aquí esta tarde, y no por mis hermanos, que son tan dueños de esta casa como D. Francisco y como yo. Anda, anda, vamos a abríles. (Sale Rafael y la Criada)

Escena IX.

Da Regla, Pepita.

Da Regla ¡Ay! yo no sé la que se va a armar aquí cuando tu tío entre!... Rafael ha partido muy de ligero.

Pepita Cía...; por Dios! no vaya usted ahora a amilanarse y a ponerse de modo que se le escape alguna palabra; que entouces de tal manera podrian embrollarse las cosas que pusieramos al pobre Rafael en un compromiso grave.

Escena X.

Dichas, Rafael, Joaquín, Evaristo y Señor Pepe. Este, con las alforjas al hombro, el bastón al hombro también, y de él colgando a las espaldas el canasto y tres pollos. Trae una bota llena de vino en la mano. Al presentarse en escena, y antes de aligerarse de su carga, procurará que el público lo vea bien.

Rafael ¡Ea! a tomar posesión de esta casa, que es la nuestra, con permiso de mis futuras esposa y madre política. (Esto, dicho con gracejo y señalando a las interesadas.)

D. Joaz. ¡Ahora vamos a ver quién le pone los cascabeles a tu papá suegro!

Señor Pepe Yo, que soy er que tengo má jabiliá pa manejarlo.

D. Regla ¡Por Dios, Pepe! si quiera por mí, sobrellévalo.

Evar. ¡Ya lo creo! ¡Pues no faltaba más! Aquí hay que obrar como familia. Yo ya tengo convencido a Pepe.

Señor Pepe Sí, hombre: ¡si aqueyo fue un pronto! Mía tú, al instante me dolió a mí más que a él. Pero oye, Pepita, hija: dile a esa criá que tiene jajá, con la cara como un aventao, que nos prepare estas tres cadornises en salsa, y que le eche una carbonáa e buten pa poé roé hasta los güesos. Y encárgale e camino que se traiga unos vasito,

porque tengo una necesidad muy grande de apagar el fuego que se me a declarado entre las tripas.

Rafael ¿Dónde están los vasos? Yo iré por ellos.

Señor Pepe Mía, estate quieta, que tú no entiendes d' esos negocios. Deja que vaya tu señora, que es la que tiene la obligación.

Pepita Con muchísimo gusto. (Toma los tres pollos y sale por la puerta del foro.)

Escena XI

Doña Regla, Rafael, Joaquín, Evaristo y Señor Pepe

Señor Pepe (Sacando el vaso del canasto) Mientras que vienen esos vasos, vamos a arreglarlos con este, y luego lo enjugaré, pero sin echar nada por el barcón, que la gente de este pueblo le pase una fiasco al agua que yo, que no me parece buena más que la de bautismo. (Empieza a repartir vino; y él, como siempre que convidar, por cada vaso que da se bebe dos)

Rafael Pepe, tengo que hacerte administrador, o lo que tú quieras, en mi casa.

Señor Pepe Et mi, no; ese cargo se lo larga a Joaquín o a Evaristo que saben bien de pluma. Yo quiero ser siempre el Señor Pepe y vivir entre barriles de vino, que es lo que a mí

me pone de güeno humo y me abre las gava je comé:
couque a merá ensegüia una boega, y ya verá' tú,
teniciúdome a mi ayi, cómo no se te quea la cosechia
d'un año pa otro.

Escena XII.

Dichos. Pepita, que entra con los vasos en una bandeja.

Pepita Hee dejado a la criada preparando los pollos, y pronto los tendrá dispuestos, porque están ayudándole los gavaues.

Rafael Oye: ¿pero los gavaues duermen aquí, o en el cortijo?

Pepita En el cortijo; pero estos han venido esta tarde a traer diez carretadas de paja, y hasta que no llegue mi tío no se irán.

Rafael (A D.^a Regla, que saldrá para cumplimentar el encargo.) Toma veinte duros; manda a dos hombres de esos que compren ocho pollos más, y que se traigan de la posada dos arrobas de vino añejo de la mejor clase. Que no se marchen esta noche, para que también disfruten de lo que

74
en esta casa, con más razón que en otras, puede llamarse un extraordinario.

Señor Pepe (A quien va notándose ya el mareo); Solé lo sombre rumboso!...; Ahora sí que se va a acabar aquí el flauto y lo jataque e galipa que le daba a la familia e tanto ayuná! Por eso no tenemos parao hasta traer no aquí a este niño pa que mire por toos nosotros.

Pepita (A Rafael); Y luego me dices que has venido atraído por mi cariño!

Rafael Ellos han contribuido mucho; pero, principalmente, tú, que eres mi vida.

Señor Pepe Y yo...; probe viejo! que vine esperansas en que mi Pepita me cuidara y me sacara ar so' ma' jalante, cuando ya no pudiera yo echiá ni er vagio, tengo que apartármela solo porque a eya too er tiempo le va a paesé poco pa er señorito Rafael.

Pepita No pases apuros por eso; basta que hayas bregado tanto conmigo cuando era niña, y te hayas portado como un padre con Rafael, para que yo te prodigue todos mis cuidados y no te abandone jamás.

Señor Pepe ¡Chiquiña, bendita sea tu pico! Meresias que te abrasa-
ra; pero tú no te enfadarás si el abaso se lo doy a la
bota, que la probesita está muerta e pena porque fase
lo nuevo tres minutos que no le largo un achuchón.
(Coge la bota y se la empuja.)

Pepita Yo creo que ninguno de vosotros tendrá queja de
mí ni extrañará que Rafael sea mi predilecto.

Señor Pepe ¡Nosotros qué liabemo de extrañar! Así te quico-
yo ve siempre con él; mu.... predilectosa.

Évaristo Sí, hija mía: ese es mi deseo; que os queráis mu-
cho.

Joaquín ¡Seguramente han de ser muy felices, porque se
aman desde niños!

Escena XIII.

Dichos. D^a Regla, que entra visiblemente alterada.

D^a Regla Preparaos, que ahora mismo he visto entrar a Pa-
co, y no tardará un momento en subir.

Évaristo Rafael: ¿te parece que Pepe esconda la bota? Por-
que a Paco no le gusta que se beba.

Setú Pepe ; Eso sí que no!... La bota no la esamparo yo, que por cuarguie escuido se púe erramá! Y que si a él no le gusta er vino, a nosotros sí. Casuamente, pa beber lo, no nos jase falta peirle la boca prestá, que caa uno tenemos la nuestra.

Rafael (Riéndose) Nada; dejemos a Pepe, que es mayor de edad y sabe lo que se liace.

Esceua XIV.

Dichos. D. Francisco, que al llegar a la puerta del foro y ver allí a sus hermanos, se queda estupefacto.

Rafael. Entra, Paco: ¿por qué te detienes?

D. Franc^o. ; Porque no comprendo cómo han tenido valor para volver a mi casa quicues hace poco tuvieron que salir de ella por haberme ultrajado!

Rafael ; Pero no son nuestros hermanos? Te darán una satisfacción... y en paz.

D. Franc^o. Yo no soy hombre que me satisfago con palabras.

Setú Pepe (Poniéndose en pie. Tiene la bota delante de la silla en que está sentado.) ; Po entouse, qué quices tú que jágamo aquí

pa contentarte?

D. Franc.^o Que os planteis en la calle inmediatamente.

Señor Pepe Si aquí debe plantarse alguien en la calle, porque tú no quieas perdona, ese.... ¡seré yo! pero no Juanquín ni Evaristo, que ni siquiera han movido su lengua.

D. Franc.^o Ean culpables son ellos como tú; porque si tú eres un perro que ladra y muerde, ellos muerden sin ladrar.
(Esto, dicho con odio reconcentrado.)

Rafael ¡Criatura! ¡Qué lenguaje es ese que empleas para dirigirte a tus hermanos! ¡No has hallado con quien compararlos más que con los perros? Si ellos han vuelto aquí, es porque yo los he traído.

D. Franc.^o ¡Que tú los has traído! ¡¡Que tú los has traído!!...
¡Nunca hubiera podido imaginar en tí tan vano desenfado! Nada de esto viene bien con lo que hemos hablado esta tarde; así es que para que podamos continuar en armonía, de ti depende: ellos o yo.

Evar. Lo prudente hubiera sido quedarnos en la posada hasta tanto que Regla, Pepita y tú hubiéseis logrado convencer a Paco.

Rafael Aquí no hay que convencer a nadie, porque el

sinico a quien habia que convencer, está más que
convencido; y ese soy yo. (Se dirige a Eváisto, echándole el
brazo por el cuello cariñosamente.) Tú no tienes que pen-
sar más que en ponerte bueno y traer a tu mujer
y tus hijos, para que tu tranquilidad sea completa.
A Pepe y a Joaquín también me los traigo a mi la-
do; pues como hemos vivido tanto tiempo ausentes
unos de otros, quiero desquitarme ahora reuniéndonos
a todos en mi casa para que no volvamos a sepa-
rarnos hasta la muerte.

D. Franc.^o ¡Qué locura! Como pongas esa casa de recogimien-
to, no tienes para emperar con todo el oro del
baul.

Rafael (Marcando mucho las palabras.) Cuando se acabe el dinero
del baul, que no se acabará, para eso tengo las ren-
tas de las fincas que acabas de pasarme por deudas.

D. Franc.^o (Con semblante en que se pinta una sorpresa rayana en estupor.)
¿Las rentas de mis fincas disponer tú de ellas?...

Rafael De tus fincas, no; de las mías, cuyos títulos legalmen-

te ostento. El que debe tiene que pasar por estos duros
trances a que le obliga la Ley.

D. Frauc^o ¡Mientes! ¡Jamás te debí nada! (Muy exaltado) ¡Yo
mismo he labrado mi ruina!! Regla: a ti te toca
arrojar de aquí a toda esta gente, y a mi hermano
Rafael, el primero, porque esta casa pertenece a tu
legítima. Ya que él intenta despojarme de todas mis
fincas, que no tengamos que sufrir el tormento de ver-
lo en nuestra misma casa.

D^a Regla ¡Por Dios, Paco, cálmate! Tu hermano no trata de
causarte perjuicio alguno, sino únicamente de propor-
cionarte una vejez tranquila.

Pepita ¡Eis! Usted ha trabajado mucho y vivido lleno de
privaciones; hora es ya de que descargue en Rafael
el peso de los negocios, y disfrute.

Rafael Sí, hermano: (acercándose a él) convéncete de lo prove-
choso que sería para ti hacer lo que estas santas mu-
jeres te aconsejan.

D. Frauc^o (Rechazándolo con ira) ¡Retírate, que yo no te vea! Conti-
go hablo, Regla; y contigo también, sobrina: arrojad a to-

da esta gente de aquí; si no, os maldeciré y me marcharé solo a donde nunca más sepáis de mí, ni yo de vosotras. ¡Qué!; Os decidís, o no?

D^a Regla ¡Paco, por la Virgen! Serévate. Si Rafael es bueno....

Pepita Si, tío; bueno y muy caballero.

D. Franc^o ¡Es cuanto me quedaba que oír! Pues si os poneis de su parte y en contra de mí.... ¡¡ malditas, malditas seas !! (Sale precipitadamente por la puerta del foro.)

Escena XV.

Dichos, menos D. Francisco.

Pepita Rafael, vamos tú y yo a sujetarlo. (Asiendo a Rafael de un brazo.)

D^a Regla Éstos quietos, no se va todavía; tiene que volver aquí antes de marcharse.

Joaq. ¡Eso es una fiera que no la doma nadie; está metalizado y no tiene ningún sentimiento noble!

Evar. Yo siento que pueda hacer algún disparate consigo mismo.

Señ^o Pepe Ese no tiene estogamo pa jase' una hombría; si conserva argün parné, púese que sarga e pira pa no

pasá el entripao de vé comé bien y gosá der mundo a su familia. Pero como esté aboyao, ese tice que ve ni aquí a fincá er pico.

D^a Regla Venid, ocultémoslos; que mientras estemos aquí, no vendrá. (La siguen todos por la derecha.)

Escena XVI.

D. Francisco. Entra por la puerta del foro con una escalenilla de mano y un martillo: coloca la escalenilla debajo del reloj y lo desuelga; después toma el martillo, sube por la escalenilla, da un martillazo en el espacio de pared que tapaba el reloj, descubre un escondite y de él saca una cajita que pone sobre la mesa del centro. (La escena estará escasamente alumbrada.)

D. Franc^o (Al tiempo de abrir la caja.) Aunque dejó en las garras de mi cruel hermano casi todo mi capital, todavía conservo en esta caja setenta y ocho mil duros en papel, cantidad sobrada para trasponerme a donde jamás sepan de mí, ni yo de ellos. (Al abrir la caja, lleno de espanto, se la encuentra vacía.) ¡Maldición! ¡Me han sustraído el único resto que conservaba de mi fortuna! ¡Este robo ha sido ejecutado también por los de mi casa, que ningún

extraño podría penetrar aquí sino con violencia!
¡¡ Es el último sarcasmo que me quedaba que sufrir!!
(Ya en el colmo de la desesperación, se mesó el cabello y corrió por la
escena como un loco.) ¡¡ Qué ruina es esta que me tiene cer-
cado; ayer, dueño de medio millón de duros, y hoy ne-
cesitado de pedir limosna!! ¡¡ Ahora nadie se compa-
decera de mí!!

Escena XVII

Dicho. D.^a Regla, Pepita, Rafael, Señor Pepe, Evaristo y Joaquín.

Rafael

(Que sale con las demás personas de la familia por la derecha. Echa
mano a D. Francisco, sujetándole por el brazo derecho.) ¡ Ven acá, que
tienes el sello de Caín en la cara! ¡ Qué hombre, poderoso
como tú, consiente que sus hermanos lleven tantos
años comiendo el amargo pan de la servidumbre? Si
nosotros fuéramos vengativos, te haríamos expiar aho-
ra todo el mal que nos has causado, devolviéndote go-
ta a gota la hiel que nos has hecho beber, — ¡ por uer-
to que mi cáliz bien rebosado lo pusiste! — pero en
nuestros pechos no halla cabida la ruin venganza, y
únicamente deseamos que Dios y el mundo te perdo

neu, como te perdonamos nosotros. (Pausa) Aquí todo es
cambiado radicalmente. Trabajaremos... los que po-
damos hacerlo, porque el trabajo es ley de vida; pero
también comeremos, vestiremos y disfrutaremos con
arreglo a nuestra posición. Se tratará desde hoy
a los sirvientes, no como a esclavos, sino como a her-
manos nuestros, aliviándolos en el trabajo y mejorán-
doles el salario y la comida, pues para todo esto da
nuestro capital.... y queda aún mucha ganancia.
Item más: estarán las puertas de esta casa abiertas
para servir a todo el mundo en cuanto nos sea posi-
ble; que si tú has querido vivir entre amenazas y
maldiciones, yo deseo pasar la vida en paz y aprecia-
do de mis conciudadanos.

D. Franc^o ; Déjame, déjame! Será mi sino pedir limosna de
puerta en puerta.

Rafael Ven aquí: abraza a Regla.... a tu sobrina.... a Pe-
pe.... abracémoslos todos en acción de gracias por el
risueño porvenir que se nos presenta. (D. Francisco se y
abraza a los tres, conforme Rafael se lo ha indicado.)

D. Franc.^o ¡Y yo, qué soy aquí ya?...

Rafael ¡Ehí?... ¡El amo! Pero tu misión es condescender con mi modo de administrar.

D. Franc.^o ¡Yo no puedo pasar por ver junto a mí esta ruinosa filantropía!

Rafael Ehí pasarás por todo lo que yo he dicho; porque así como Breno se impuso a los romanos, pronunciando, para despojarlos, aquel «¡Væ victis!» que sintetizó para siempre la ley de la violencia, yo te aplico esa misma ley, aunque en opuesto sentido, para que seas feliz y nos dejes a los demás que también lo seamos.

Señor Pepe ¡Chiquiyo, no seas tonto; éjate yevá por la ley esa der... Veneno! Vamoo; ¡tú qué dise: si o no? Allá que seamos mayoría y te vamoo a jaurá la pelea.

D. Franc.^o (Que estará en medio del grupo que todos han ido formando, compungido y anonadado, contesta con la cabeza, que tendrá inclinada, moviéndola afirmativamente dos o tres veces.)

El telón cae pausadamente.

Fin de la comedia.

